

## EL MAGISTERIO PERIODÍSTICO DE ORTEGA

BLANCO ALFONSO, Ignacio: *El periodismo de Ortega y Gasset*. Madrid: Biblioteca Nueva-Fundación José Ortega y Gasset, 2005. 296 p.

MARGARITA MÁRQUEZ PADORNO Y  
JOSÉ MIGUEL GONZÁLEZ SORIANO  
ORCID: 0000-0002-1635-7106 ORCID: 0000-0003-1666-5018

Coincidiendo en el tiempo con la aparición, en octubre de 2005, de los primeros volúmenes de las nuevas *Obras completas* de José Ortega y Gasset, auspiciadas por el Centro de Estudios Orteguianos como parte sustancial de la conmemoración del cincuentenario de la muerte del gran pensador español, la editorial Biblioteca Nueva sacaba a la luz, como número 5 de su colección “El Arquero” –coeditada junto a la Fundación José Ortega y Gasset–, la presente monografía del profesor Ignacio Blanco Alfonso, dedicada al análisis y clasificación de la obra periodística orteguiana. Lo cual, *sensu strictu*, equivale a decir al conjunto entero de su producción; pues, como es sabido, Ortega nunca escribió un libro como tal y la mayoría de sus textos se redactaron para la publicación en prensa: fueron periodísticos *a nativitate*. Circunstancia nada extraña, por otro lado, en quien aseguraba haber nacido “sobre una rotativa” (III, 345), y posteriormente reconocía que era “periodista de toda la vida, mejor aún, de toda la vida de varias generaciones por uno y otro lado familiar” (IV, 652). Si se explora esta faceta ineludible de su extensa biografía, hallaremos el perfil de un periodista integral que, al tiempo que catedrático, fue fundador de revistas y periódicos,

editorialista, cronista de viajes, crítico literario, comentarista político e incluso –como podemos comprobar en este ensayo– necrólogo, pues entre sus artículos se espigan alrededor de una docena de necrológicas que, como el conjunto de su obra, son dignas de estudio en las facultades de comunicación.

Sin duda, esta condición periodística habría de imprimir un carácter *sui generis* a los textos del insigne filósofo, tanto en el tono como en el ritmo y el espacio; de tal modo, y así lo señala Blanco Alfonso, que si Ortega y Gasset no hubiera pensado y escrito su obra con vistas a su aparición en el periódico, el resultado sería distinto. El propio Ortega, sin embargo, que consideraba –pese a todo– al periodismo una realidad espiritual “de rango inferior” con respecto a la Universidad (IV, 567), cuyo ministerio social había, a su juicio, arrebatado, era consciente de las críticas que podía suscitar el hecho de haber elegido aquel soporte como vehículo de transmisión filosófica; pero asumía, a la vez, que “el artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantescamente lo desdeña no tiene la más remota idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia” (V, 99). Ortega, por supuesto –y no lo ocultaba–, también fue periodista *pro pane lucrando*, como casi todos los intelectuales y escritores de su generación; pero los proyectos periodísticos que puso en marcha a lo largo de su vida responden, ante todo, a la necesidad que sentía de intervenir en la sociedad española para acrecentar su nivel cultural, para pro-

### Cómo citar este artículo:

Márquez Padorno, M. y González Soriano, J. M. (2007). El magisterio periodístico de Ortega. Reseña de “El periodismo de Ortega y Gasset” de Ignacio Blanco Alfonso. *Revista de Estudios Orteguianos*, (14/15), 301-309.  
<https://doi.org/10.63487/reo.604>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de  
Estudios Orteguianos  
Nº 14/15. 2007  
mayo y noviembre

vocar que “cada español se resuelva a elevar unas cuantas atmósferas la presión de sus potencias espirituales” (III, 21). Admitía Ortega y Gasset la eficacia de la prensa como poder social; y en el caso particular de España, como única realidad espiritual capaz de penetrar la epidermis popular. Esta convicción está expresada en varios lugares de su obra, y muy especialmente en el *Prólogo para alemanes*, escrito por Ortega en 1934 para prologar una traducción al alemán en sus obras –inédito no obstante hasta 1958–: allí encontramos su conocida metáfora del “aristócrata en la plazuela”, de que, para poder recabar audiencia pública y ejercer influencia en la sociedad española de su tiempo, era preciso hacer brotar su obra “...en la plazuela intelectual que es el periódico”. “No es necesario decir –añadía– que se me ha censurado constantemente por ello. Pero algún acierto debía haber en tal resolución cuando de esos artículos de periódico han hecho libros formales las imprentas extranjeras” (V, 98).

Dentro del presente ensayo, Blanco Alfonso ha clasificado y analizado, a partir de su tesis doctoral, los distintos géneros periodísticos cultivados por Ortega; y quizá así, precisamente, debería de haberse titulado, con mayor precisión, su edición en forma de libro, pues el título escogido, *El periodismo de Ortega y Gasset*, más genérico, puede hacer esperar al lector curioso de la figura de Ortega la idea de encontrar en él –entre otras cosas– una biografía periodística, con la descripción de sus diferentes actividades dentro del mundo de la prensa, las características de las publicaciones periódicas en que cola-

boró y de las que fue su fundador, su vinculación familiar con el periodismo, las relaciones que sostuvo con otros periodistas contemporáneos suyos; etc. Sin embargo, Ignacio Blanco Alfonso, nos advierte, ya desde el comienzo, de sus intenciones: efectuar un análisis de la obra periodística orteguiana partiendo de su aspecto formal, de su apariencia externa, en detrimento de su contenido y de la circunstancia vital de Ortega como periodista. Persuadido por el hecho de que la mayor parte de las investigaciones relacionadas con la obra de Ortega se han centrado en el estudio de su pensamiento, y son escasas, sin embargo, las que abordan sus características formales, con la publicación de este ensayo pretende Blanco Alfonso paliar esta deficiencia; y para ello propone un examen novedoso del *corpus* periodístico orteguiano, cuyo interés radica en que, por primera vez, se estudian y clasifican los artículos de Ortega desde la perspectiva de la teoría normativa de los géneros periodísticos, lo cual permite una disección estilística capaz de generar –al menos, en teoría– nuevos puntos de vista sobre dichos textos. En la introducción que encabeza el libro, Blanco Alfonso resalta la utilidad de semejante estudio del periodismo en la obra de Ortega, que consiste, a su juicio, en extraer lo que de provechoso hay en ella para la formación de futuras generaciones de periodistas –lo que evidencia el indudable espíritu pedagógico del autor del libro, como docente en ejercicio–; por otro lado, nos permite entrar en una nueva dimensión en la biografía de este insigne pensador, y con esta

nueva perspectiva comprender mejor el conjunto de su producción.

En su estructura, sencilla y de clara intención didáctica, el libro aparece dividido en seis capítulos que corresponden a otros tantos géneros periodísticos cultivados por Ortega. El primero de ellos lo dedica Blanco Alfonso a los denominados artículos políticos, cuya abundancia, unida además a los editoriales que publicó sobre el mismo tema, demuestra la preocupación del filósofo por este aspecto trascendental de la realidad. El artículo político, en el caso de Ortega, aparece dividido en dos tipos: de doctrina política –en los que el autor deshilvana o argumenta un concepto o una doctrina– y de actualidad política –destinados al comentario de la noticia ocasional–. Como ejemplo del primer grupo, reproduce Blanco Alfonso el artículo “Imperialismo y democracia” publicado en *El Imparcial* el 12 de enero de 1910 (I, 317-320), si bien comete un desliz al considerarlo motivado por unas elecciones generales celebradas en febrero de 1910 (p. 19), algo, de entrada, imposible por fechas: Ortega se refería en él a los comicios municipales que habían tenido lugar el 12 de diciembre de 1909, cuyo resultado fue favorable a la recién constituida Conjunción Republicano-socialista (las elecciones a Cortes no tendrían lugar hasta seis meses después, en mayo de 1910). El concepto de artículo doctrinal, su diferencia respecto al de actualidad política y las características de este último quedan, en cualquier caso, suficientemente claras a la luz de los ejemplos expuestos. Una segunda parte de este capítulo la utiliza Blanco

Alfonso para incluir, de forma algo forzada, un apartado acerca del *ethos* retórico de Ortega, el menos conseguido, tal vez, de todos los que componen el libro, por más que el autor afirme en él que “la retórica de Aristóteles aplicada al periodismo de opinión puede resultar sumamente enriquecedora para su estudio” (p. 29). Justifica Blanco Alfonso su inserción en la parte dedicada a los artículos de política puesto que con él “nos proponemos estudiar el *ethos* de Ortega como argumento retórico que coadyuvó a la persuasión y éxito de sus juicios y opiniones contenidos en sus artículos políticos” (p. 30); sin embargo, más adelante aparecen utilizados para su ejemplificación ciertos fragmentos del *Prólogo para alemanes* y del *Prólogo a una edición de sus obras* que, como sabemos, no se tratan de textos de asunto político.

Aquí comienza Blanco Alfonso por introducir un paréntesis biográfico –el único en todo el libro– para relatar los comienzos periodísticos de Ortega en *El Imparcial*, prestigiosa plataforma a la que pudo acceder a través de su padre, Ortega Munilla, a la sazón director de la misma. Ello se justifica, según el autor, pues si Ortega destila “autoridad y mando” en cada uno de sus artículos políticos, es porque “desde el principio su firma apareció junto a los artículos de los intelectuales ya consagrados”; así, el *ethos* de Ortega “no sólo estuvo forjado por su manera de escribir, por las cosas que dijo y por el patetismo de su discurso (...) sino que buena parte de su reputación le vino dada por añadidura gracias a su circunstancia vital” (p. 35). Difícil cuestión es la de calibrar la influencia real de un autor o de un medio

de comunicación, su calado en el tejido social, su cuota de responsabilidad atribuible en el comportamiento de los individuos. ¿Puede únicamente la utilización de ciertas herramientas retóricas lograr que un articulista –dejando a un lado su posición social– proyecte de forma efectiva un *ethos* positivo sobre su público? En las pp. 58-59, se señala que esta reputación favorable “se consigue porque el articulista de prensa manifiesta en cada artículo una probidad y una aspiración hacia el bien general, que le hacen ser percibido por el lector como un ser digno de crédito y confianza”; lo que en el caso de Ortega, “le hizo ser una personalidad tan influyente en la sociedad española de la primera mitad del siglo XX”. ¿Es suficiente, por tanto, con que el autor lo afirme y se presente así ante sus lectores? No parece que tal cuestión deje de ser una mera hipótesis, una especulación; y como diría Ortega, “en las creencias se está”, del mismo modo que se puede dejar de estar. Blanco Alfonso –y seguramente no se equivoca– no alberga duda alguna acerca del poder social de los artículos de Ortega entre sus contemporáneos; pero empieza por reconocer, al hablar de la imagen pública de Ortega y Gasset, que “...entre los que trataron personalmente a Ortega encontramos recuerdos para todos los gustos, desde los que critican su actitud soberbia y prepotente (...) a los que conservan intacta la fascinación producida tras el encuentro con el pensador” (p. 36). Como ejemplo del segundo caso, cita Blanco Alfonso al periodista Luis Calvo, del que se reproduce, y en tres páginas, una entrevista con la que se pretende dejar sentada la

imagen positiva de Ortega; y en la cual, sin embargo, comienza Calvo por manifestar que “Azaña, Unamuno y Pérez de Ayala aborrecían a Ortega. No les gustaba ni su pensamiento ni su estilo metafórico”. Por tanto, no resultará prudente, cuando menos, perpetrar afirmaciones rotundas respecto al *ethos* favorable de un autor y a la eficacia real de su retórica. Si para Blanco Alfonso, “las palabras más utilizadas por Ortega representan siempre un grupo de conceptos que articulan su pensamiento y, gracias a ellas, Ortega logró transmitir su programa de regeneración social en una época de enorme convulsión política” (p. 45), en una nota publicada en prensa en 1933, el propio Ortega justificaba su apartamiento definitivo de la política en que “ni la opinión ni los grupos políticos me hicieron el más ligero caso. Este fracaso rotundo y perfecto me da derecho a un silencio cuando menos transitorio” (V, 266).

De cualquier modo, es lo incuestionable, a tenor del estudio efectuado por Blanco Alfonso, la presencia de tales recursos de retórica clásica (vocabulario escogido, benevolencia, anticipaciones, patetismo, etc.) dentro de los textos orteguianos, cuyo análisis podría haber quedado encuadrado, a nuestro juicio, en un simple apartado de estilo. Peca con frecuencia el ensayista de grandilocuencia a la hora de describir la forma literaria de Ortega; y así, mientras en la p. 46 se asevera de modo absoluto que “hay, bajo cada frase, un afán por conducir el entendimiento de sus lectores hacia estadios más elevados del espíritu, hacia una mejor y mayor comprensión de la circunstancia vital para que, una

vez reconocida, el hombre pueda salvarla a ella y salvarse a sí mismo”, dos páginas después se hace la precisión de que “hay veces en que las oraciones parecen escritas para el simple deleite del lector y que, por lo tanto, no desempeñan este papel antes descrito” (p. 48), lo cual anula la afirmación anterior. Si para Blanco Alfonso, el uso reiterado por parte de Ortega de un tipo de vocabulario para designar siempre una misma realidad, “produce en el lector una sensación de coherencia y unidad conceptual que, a la postre, se traduce en aval y garantía del articulista fiel a sus principios”, y sirve como ejemplo el de los términos “vieja” y “nueva” política, *simplificación* que permitía “que el lector consiguiera comprender, con una sola palabra, la compleja realidad política” (p. 44), otros ejemplos se podrían aducir, dentro de la trayectoria orteguiana, en los que tal analogía léxica no llegó a cumplirse: si en el ya mencionado artículo “Imperialismo y democracia”, Ortega afirmaba que “donde no hay izquierdas, claro está que no hay derechas; y donde ni izquierdas ni derechas hay, falta la fuerza política” (I, 320), en otro artículo publicado el 9 de septiembre de 1931, titulado “Un aldabonazo”, declaraba –y aparece transcrito por Blanco Alfonso–: “¿Cuál es la República auténtica y cuál la falsificada? ¿La de “derecha”, la de “izquierda”? Siempre he protestado contra la vaguedad esterilizadora de estas palabras, que no responden al estilo vital del presente –ni en España ni fuera de España. (...) No sirven, no sirven, pues, estos vocablos” (IV, 825). A la hora, por lo tanto, de aportar ejemplos se puede caer fácil-

mente en el error de considerar la parte por el todo, que es la definición del mecanismo retórico llamado sinécdoque que el propio ensayista define más adelante como “un grave error desde el punto de vista teórico” (p. 82).

A partir del capítulo II, Blanco Alfonso retoma su disección formal, desde la base teórica de los géneros periodísticos, de los artículos orteguianos. Primeramente aborda la labor de Ortega como editorialista, una de sus facetas escritoras más desconocidas. El eminente filósofo llevó a cabo esta labor anónima del editorial tanto en la revista *España*, que fundó y dirigió en 1915, como en el diario *El Sol*, fundado en diciembre de 1917 y del que Ortega fue su más directo inspirador; de tal modo que la línea editorial del periódico y la evolución intelectual de Ortega y Gasset –como muy bien observa Blanco Alfonso– siguen trayectorias paralelas hasta 1931, momento en que se produce la salida de Ortega de *El Sol*, ya en la antesala de la República. Su actividad editorialista se ciñe, principalmente, a cuestiones relacionadas con la política. Blanco Alfonso resalta que, en sus editoriales, Ortega está lejos de seguir ciertos principios considerados ideales para el género, tales como el comedimiento en el juicio, la templanza y el tono solemne; mostrándose en cambio, en muchas ocasiones, mordaz, satírico y hasta desmesurado a la hora de expresar su criterio –y, por extensión, el del periódico–. Llega incluso a afirmar Blanco Alfonso que sus editoriales “rozan el discurso propio de un mitin político” (p. 84) y que si “algo buscan sus editoriales, por encima de otras con-

sideraciones, esto es la polémica” (p. 97), por lo que no se pueden considerar modélicos desde el punto de vista teórico de la redacción; si bien –podríamos añadir– en este carácter combativo que presentan quizá se encuentre hoy día su principal atractivo para el lector. Sí representan un ejemplo periodístico de escritura, y así lo señala el autor del ensayo, en lo que se refiere a su estructura argumental, al contener elementos esenciales al buen editorial como la exposición de los hechos, la mención de los antecedentes, el análisis retrospectivo y prospectivo, la anticipación y la emisión de juicios de valor sobre la realidad comentada... El análisis de la labor editorialista de Ortega se lleva a cabo con gran amplitud, llegando a abarcar aspectos como los de su extensión, su ubicación en el periódico, la técnica argumentativa, etc.

El carácter de manual teórico-práctico que, sobre los géneros periodísticos, ofrece en general el libro, se manifiesta más claramente aún en el capítulo dedicado al artículo filosófico, con su largo introito dedicado a definir este último, diferenciándolo del ensayo. Ortega, obediente a su circunstancia española, renunciaría –en parte– a la cátedra o el libro y adoptará el periodismo como medio de difundir su pensamiento a un público que “...no admite lo distanciado y solemne” (V, 98). Así, como ya apuntara José Carlos Mainer, “cuando tantas veces se habla del carácter predominantemente “ensayístico” de la literatura española contemporánea, se oculta –bajo el eufemismo de *ensayo*– la condición de artículo de periódico que originariamente han tenido tantas obras

maestras de Unamuno, Baroja, “Azorín”, Pérez de Ayala u Ortega y Gasset. Se olvida hasta qué punto la apuesta diaria de escribir para un país de sordos acaba siendo, para el escritor, una forma de recabar audiencia pública y reconocimiento profesional”<sup>1</sup>. El afán, por tanto, de hacer llegar su filosofía al mayor número posible de lectores, mueve a Ortega a salir del canal especializado y minoritario en que ésta residía tradicionalmente para inmiscuirse, como señala Blanco Alfonso, en un medio de comunicación de masas y poder llegar al “público en general” (p. 105). Al menos –cabría añadir– en un primer momento; porque no es menos cierto que, posteriormente, será su publicación en libro la que asegure la posteridad a muchos de aquellos escritos surgidos en la efímera hoja diaria: ¿qué otra cosa, sino su aparición en 1930 en forma de volumen, permitió –por ejemplo– que la serie de artículos publicada por Ortega en *El Sol* bajo el título de “La rebelión de las masas” se convirtiera en la obra más famosa de su autor, la más difundida, traducida a más de veinte idiomas, con centenares de miles de ejemplares vendidos? La verdadera expansión de un texto entre la masa lectora conllevará, cuando menos, su aparición en ambos formatos, que además proporcionaba al autor una doble fuente de ingresos; y aquí no estará de más recordar de nuevo que Ortega, al igual que el resto de intelectuales con-

<sup>1</sup> José-Carlos MAINER, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra, 1999, p. 67.

temporáneos suyos, dependía económicamente, en buena medida, de lo que percibía por sus colaboraciones en la prensa.

Pero, en el caso de Ortega, además de publicar su filosofía en el periódico utilizando a este último con un fin instrumental, revistió su pensamiento de un estilo periodístico que, como constata Blanco Alfonso, imprimió un carácter inevitable a los textos que hoy día manejamos. Apoyándose en la afirmación del crítico Eduardo Gómez de Baquero –erróneamente llamado Enrique– de que la condición publicitaria del periódico influye en los géneros literarios que no son estrictamente periodísticos, como el ensayo (p. 111), Blanco Alfonso expone aquellas características de la filosofía orteguiana que hacen que el periodismo fuera determinante en ella tanto en la forma como en el fondo: su arraigo en la experiencia cotidiana, su índole fragmentaria... Cada artículo filosófico de Ortega, en palabras de Julián Marías, tenía que ser “*inteligible* en sí mismo”, y todos ellos, “aunque autónomos, conexos” (p. 120). Llegada después la hora de su unificación libresca para constituirse en ensayo –como en el caso de *La rebelión de las masas*–, Ortega había de operar ligeras variantes sobre aquellos artículos originales por el hecho de haber adaptado su redacción a la publicación en periódico, inservible ahora para el género ensayístico, resultando con ello un texto diferente; pero, a la vez, estos ensayos conservarán –y así lo pone de relieve Blanco Alfonso– las cualidades específicas del periodismo: lectura ágil; estilo impetuoso, rizado con giros vertiginosos; exposición, a

veces atropellada, de ideas inconclusas; así como el vaivén constante de unos conceptos a otros.

Uno de los géneros más prolíficos dentro de la prensa de la época, y también en la obra de Ortega, es el de la crítica literaria. En el capítulo IV, Blanco Alfonso establece, *grosso modo*, dos momentos de la actuación orteguiana como crítico literario: por un lado, sus escritos de juventud, que abarcan los artículos publicados entre 1902 y 1914, en los que Ortega practica una crítica “personal” consistente en “clavar en la frente de las cosas y de los hechos un punzón blanco o un punzón negro; arrastrarlos al lado de lo malo o al lado de lo bueno” (I, 5), y una crítica “bárbara” por la que juzga y corrige una obra en función de la materia contenida en ella capaz de interesarle, de “tornarse sangre y carne mías” (I, 93); por otro lado, tras la publicación de sus *Meditaciones del Quijote* (1914), desarrollará una crítica “de madurez” consistente en completar y perfeccionar con su juicio la obra referida, buscando las posibilidades yacientes en ella y ayudando con ello al lector a comprender lo que el autor ha querido narrar. Como herramientas utilizadas por Ortega y Gasset para poner en práctica cada uno de estos modelos de crítica, Blanco Alfonso señala fundamentalmente dos: el impresionismo y el perspectivismo. Con el método impresionista –de boga en su época, como se explica al comienzo del capítulo– intenta Ortega sustraer del conjunto sus aspectos más sobresalientes, transmitir las “confesiones de un lector”: sus impresiones y emociones, sin tener que someterse a la rigidez del

método crítico. Ya en su época de madurez, añade Ortega al impresionismo en su crítica el perspectivismo relativo: extraer de una obra literaria su significado ulterior en relación con otras obras, examinando los acontecimientos culturales y sociales bajo los que esa nueva obra nace (sus “circunstancias”, podríamos decir). Como no hubiera podido ser de otra manera, en las críticas periodísticas de Ortega los títulos escogidos se ajustan a los imperativos de la actualidad, y su extensión, breve, a los límites de espacio de la hoja diaria. Al igual que ocurría con el artículo filosófico, muchas de sus críticas literarias se fueron reeditado con posterioridad en forma de libritos breves, que recogerían series de artículos dedicados a un mismo autor o a una misma obra; o aquellas críticas que, por su mayor extensión, publicó en su revista unipersonal *El Espectador* y que bien pueden ser consideradas como verdaderos ensayos. Blanco Alfonso hace hincapié en la necesidad gradual por parte de Ortega de mayor espacio para desarrollar su labor crítica, explicándola por la evolución producida en él, desde aquella crítica “bárbara y justiciera” de su juventud, a la crítica de madurez potenciadora de la obra, cuyo planteamiento e intenciones requerían, de forma necesaria, de un mayor espacio para poder “completar” efectivamente la lectura del libro.

Los dos últimos capítulos del libro, finalmente, abordan sendos géneros periodísticos, si bien inferiores numéricamente en la obra de Ortega, no por ello de menor calidad, especialmente las crónicas de viajes, cuya lectura constituye una delicia para el aficionado a la

literatura. Algunas fuentes autobiográficas aportadas nos permiten constatar que Ortega fue aficionado a viajar a lo largo de toda su vida, aunque a veces se quejara de la distracción que suponía para su actividad intelectual. Blanco Alfonso pone en relación el estudio de sus crónicas de viajes con la producción que, en este género, llevó a cabo el llamado “grupo del 98” (Unamuno, Baroja, “Azorín”, Salaverría, Luis Bello...), continuador a su vez de la tradición viajera de la Ilustración del XVIII (Moratín, Cadalso, y sobre todo –aunque no aparece citado– Antonio Ponz). El viaje, para Ortega, es un método de conocimiento, y sus crónicas describen, informan y denuncian –en ocasiones, con un estilo sorprendentemente bello– la realidad cotidiana que el viajero encuentra en su camino. Al igual que ocurre con las críticas literarias, Ortega al viajar pone en práctica el perspectivismo y el impresionismo, por lo que el resultado del viaje –y es una de las conclusiones más interesantes del libro– es un concepto que el autor denomina “error del viajero”: una ignorancia del recién llegado respecto del lugar visitado que, precisamente, le permite apreciar determinados aspectos de la realidad imposibles de captar para el oriundo. Por último, Blanco Alfonso cierra su análisis de la obra periodística orteguiana dedicando unas páginas al estudio de sus –escasos– artículos necrológicos, en los que Ortega, además de efectuar la semblanza del finado, aprovechaba a menudo para introducir juicios paralelos o ideas de otro orden: así sucede, entre otras, en las necrológicas dedicadas a Joaquín Costa o a Pérez

Galdós. Especialmente conmovedora fue la que escribió en memoria de su amigo de juventud Francisco Navarro Ledesma, a quien equivocadamente se tilda de la misma generación que Ortega (p. 253); Navarro había nacido en 1869 y Ortega lo hizo en 1883, y la amistad que mantuvo nuestro gran filósofo con él, en palabras de José Ortega Spottorno, “fue más bien la admiración de un joven por la pureza ética del escritor y filólogo que le llevaba casi quince años de edad”.<sup>2</sup> En su artículo, Ortega y Gasset vuelca su inmenso dolor por la pérdida del amigo, de tal manera que “cada palabra, cada frase, cada sonido del texto representa una oración que recoge el lamento de Ortega” (p. 271).

En definitiva, visto ya desde una amplia panorámica, el libro de Ignacio Blanco Alfonso constituye una herramienta útil y atractiva para introducirnos en la obra periodística orteguiana y distinguir en ella cada género cultivado por el autor. Por encima de las salvedades que se le puedan efectuar, la publicación de *El periodismo de Ortega y Gasset* es una buena ocasión para descubrir la importancia que los métodos de redacción periodística adquirieron en los textos de Ortega, lo que nos llevará inexorablemente a comprender mejor su obra. Lejos de

suponer que relacionar a Ortega y Gasset con el periodismo pueda devaluar el pensamiento del gran filósofo español contemporáneo –el propio Ortega llegó a temerlo en algún momento–, Blanco Alfonso cree que la mayor utilidad que pudiera contener su libro consistiría en conseguir desplegar nuevas vías para la exploración de la obra de Ortega y Gasset, como aquellas que –por ejemplo– comparasen sus escritos con los de otros periodistas de prestigio. No se oculta, pues, que el tema del periodismo en Ortega, lejos de estar agotado, apenas ha sido sugerido en esta monografía. Y si es cierto, como se afirma en la cita con que concluye el ensayo, que “hay muchas maneras de acercarse a la obra de un filósofo”; y basta, para quedar prendidos de él, “una frase leída al azar, que luego se convirtió en párrafo, más tarde en un capítulo y, al fin, en libro leído y releído durante muchos años” (p. 284), si la lectura de los numerosos ejemplos que el libro contiene de textos de Ortega incita a sus alumnos de periodismo a adentrarse en la obra del insigne pensador, estamos seguros que ésa será, para el profesor Blanco Alfonso, su mejor recompensa. El periodismo de Ortega y Gasset vuelve a ejercer su magisterio.

---

<sup>2</sup> José ORTEGA SPOTTORNO, *Los Ortega*. Madrid: Taurus, 2002, p.174.